

Los 80 años de Eduardo Guzmán Esponda

La vida es lucha, desvelo, camino hacia la muerte. Por algo don Jorge Manrique y todos los elegíacos iberos, hablan de los ríos que van a desembocar en la mar, que es la eternidad. Pero enaltecer la vida con empresas nobles, de aquellas que de don Quijote son testimonio, siembra, almacenar en los trojes buena semilla para regarla en el surco, va resultando una hazaña descumunal, quimérica y espectral, como la adarga del caballero español. Llegar a la cumbre de los 80 años, como lo ha logrado Eduardo Guzmán Esponda, limpio de todo peculado moral, ajeno a toda forma de odio, sin cicatrices de aquellas que deja el arma corto-punzante de nuestra politiquería con acre olor de gallera, es una hazaña del espíritu, un ejemplo, una forma de ser colombiano en el más alto sentido del concepto. Para Eduardo, los años no cuentan. Ya que su filosofía senequiana le ha enseñado que algún día dejaremos de existir, convirtiéndonos en un montículo de ceniza. Pero mientras llega esa hora, es preciso trabajar, pensar, otorgar los dones del espíritu a los hombres. Es un hombre de aquellos que han ennoblecido toda materia que han tenido entre las manos. Que puede conjugar con toda verdad el verbo HONRAR.

Escritor de una escuela literaria que va desapareciendo en esta nueva invasión de los bárbaros, sus muchas lecturas y cavilaciones le han permitido conocer al hombre no en lo exterior y superficial, sino en los laberintos del alma. Su trato y contrato con los grandes clásicos del idioma español, fortalecieron, desde temprana edad, su riqueza verbal, el instrumento de su sabiduría que a todos nos conmueve y nutre. Su estampa de manchego. Su nariz de ave de cetrería. Sus ojillos maliciosos y tiernos. Ese frotarse las manos ante las buenas nuevas de la patria. Y su gesto caviloso cuando ve hundirse valores que juzgamos eternos, definen su personalidad. Que la acoraza un fino humorismo, una manera especial de ver el mundo, sin que la soberbia, la vanidad, la gula de quienes viven en el círculo de su propia sombra, y son incapaces de la tolerancia y el perdón.

Campos de Castilla. Pintura española del Greco. Algo de esa magnitud del estilo de Pedro Salinas, y un señorío de buena cepa, son formas de vida y presencia de Eduardo Guzmán Esponda, quien al frente de

la Academia de la Lengua viene cumpliendo una labor ejemplar. Su chispeante gracia, su anecdotario siempre nuevo, su cultura y fraternidad intelectual son luces difíciles de adquirir en un tiempo amargo, de beocia y vulgaridad en el estilo, y, por ende, en la vida.

Permítanos el gran amigo felicitarlo, aunque exprimamos las uvas de la melancolía, porque, si ser joven nada tiene de elegante, arribar a los 80 es como pisar un terreno abonado para el viaje definitivo. Y nosotros lo que deseamos es que Eduardo viva muchos años, siempre gloriosos para la inteligencia colombiana.

